LA VERDADERA HISTORIA DEL PERSONAJE MÁS ENIGMÁTICO DE LOS PASAJEROS



CARONTE

INCLUYE LOS PRIMEROS CAPÍTULOS DE LOS PASAJEROS

GABRI RODENAS

LA VERDADERA HISTORIA DEL PERSONAJE MÁS ENIGMÁTICO DE LOS PASAJEROS



CARONTE

INCLUYE LOS PRIMEROS CAPÍTULOS DE LOS PASAJEROS

GABRI RODENAS

CARONTE

Gabri Ródenas

1

Nevada, 1953

A diferencia de la planta superior, el pequeño laboratorio casero

instalado en el sótano de la vivienda era un verdadero desastre. Se

apreciaba que el propietario era meticuloso y ordenado, aunque resultaba

no menos evidente que debía llevar allí abajo tanto tiempo que se había

olvidado de arreglar la estancia —especialmente la mesa de trabajo—. Las

herramientas se distribuían atendiendo a un orden que, quizá, tan sólo

aquel hombre de aspecto pulcro y gris en exceso conociera. Al lado de

todo el material para arreglar aparatos eléctricos, se había dispuesto un

gran plano (en realidad eran varios). Daba la impresión de tratase de algún

tipo de condensador desmontado o una pieza similar.

De una de las paredes colgaba una reproducción de un paisaje de

Estocolmo. El hombre del laboratorio siempre había deseado viajar allí,

aunque todavía no le había sido posible. Cada tarde, durante la pausa,

disfrutaba de una taza de café humeante mientras contemplaba el cuadro.

Después giraba el tronco unos noventa grados hacia la derecha y observaba una fotografía tomada en Jamaica que un compañero le había enviado. En ella, el amigo lucía una inapropiada camisa hawaiana. Era entonces cuando solía encender un cigarro puro y le daba dos caladas profundas y pausadas, saboreando los matices del humo y la hoja quemada. Ese pequeño ritual no duraba más de cinco minutos por norma general.

El científico no tenía mujer ni hijos. Ni siquiera se había planteado casarse y formar una familia, y se entregaba en cuerpo y alma al ejercicio de lo que consideraba su verdadera pasión, su vocación. Su destino.

Por las mañanas trabajaba en un laboratorio estatal dedicado a la investigación de la energía nuclear y sus diversos usos armamentísticos. Nadie lo ocultaba en las instalaciones de Nevada; nada de paños calientes ni supuestas aplicaciones cotidianas de los resultados de tales estudios. No. Allí todo el mundo sabía que la finalidad de los ensayos era descubrir el modo de crear armas destructivas, lo más destructivas posible. El Estado quería poder aniquilar a cualquiera que volviera a poner en jaque la estabilidad de Occidente y poco o nada le preocupaba si, para ello, debía

destruir gran parte de los márgenes. Así lo demostrarían, por ejemplo, al devastar un año más tarde el atolón Bikini.

A pesar de no ser un hombre con inclinaciones belicistas y no habiendo estado en el frente jamás, al principio de su andadura como científico, su visión acerca de la necesidad de protegerse de eventuales enemigos no era la misma que en la actualidad. Muchos de sus conocidos habían luchado en la Segunda Guerra Mundial y no todos habían regresado. El fantasma de un siempre hipotético enemigo seguía visitándole, como a tantos otros, cada noche.

El hombre del laboratorio se ajustó las gafas y secó con el dorso de la mano las pocas gotas de sudor que perlaban su frente. La temperatura no era muy elevada, pero la manipulación de cables y diminutos tornillos ubicados en lugares de difícil acceso le hacía transpirar. Volvió a echar un ojo a los planos que él mismo había diseñado. Con un poco de suerte, lograría cumplir su sueño; la razón por la que había estudiado física; el motivo por el cual había sacrificado toda su vida.

Después del trabajo, cada tarde y, en ocasiones, muchas noches, el apocado físico bajaba al sótano a perfeccionar su gran invento. Había

pasado años analizando y desarrollando la parte teórica del proyecto, sin la

cual sería incluso imposible empezar. Era perfectamente consciente de que

su empresa chocaba frontalmente con la postura científica de la época, que

la consideraba conceptualmente irrealizable. Mas él nunca tuvo reparos en

recurrir a las fuentes existentes, tanto pertenecientes al terreno de la ficción

como a aquellas que trataban de ofrecer una aproximación más científica.

Para él, no se trataba de un sueño imposible.

Se atusó el fino cabello con las manos. Su peinado era conservador:

raya en el lado y pelo pegado al casco. También su vestuario era anticuado

incluso para la década de los cincuenta: pantalón de lana, de tiro alto,

camisa blanca debidamente almidonada, zapatos encerados y corbata

sobria. La chaqueta descansaba en un perchero. Se separó un metro del

amasijo de cables y metal en el que trabajaba a fin de poder tener una

perspectiva visual, como si de ésta pudiera desprenderse otra mucho más

profunda. El prototipo que tenía ante él no era sino una versión a pequeña

escala del que pretendía construir. Tal vez, después de la conquista del

fuego y del invento de la rueda, constituiría el descubrimiento científico más

importante de la historia de la humanidad.

El hombre del laboratorio se masajeó ambas sienes. Se sentía agotado y

le escocían los ojos. Eran las ocho y media de la tarde y dio por zanjada la

jornada laboral. La inclasificable máquina de factura doméstica siguió

escupiendo chispazos azulados, algo que no parecía importarle demasiado

al físico, quien se colocó la chaqueta y subió las escaleras que daban a la

planta de arriba.

El ambiente allí era del todo diferente. Orden y monotonía ofrecían una

alternativa al caos del subsuelo. El salón carecía de la menor mota de

polvo. El científico se ocupaba personalmente de la limpieza, pues no

toleraba que nadie husmease en su casa, es decir, en sus cosas. La

decoración era sencilla y escasa; las estancias anodinas, convencionales

hasta el estereotipo. A pesar de que la intención del propietario fuese

recrear un entorno propio de una pintura de Normal Rockwell, lo cierto es

que el resultado se asemejaba más al trabajo de Edward Hopper. Abrió la

nevera y extrajo una jarra de té helado. Se sirvió un vaso y regresó al salón.

Sobre la mesa que había delante del sofá y un mullido sillón tapizado en

cuero había varios libros apilados: obras completas de H. G. Wells, varias

novelas de Chesterton y un informe clasificado del recientemente creado *Instituto Pessoa*. También se encontraban unas ediciones lujosas de la *Eneida* y la *Divina comedia*.

El maullido de una gata le devolvió a la realidad. El felino subió sobre sus rodillas de un salto y comenzó a ronronear. El físico la acarició con delicadeza y contempló los libros. Reflexionó acerca de cómo había logrado el informe del *Instituto*. No habría sido posible conseguirlo de no haber sido por la intervención de un buen amigo, el doctor Berinaldo do Nascimento. Se decía que había colaborado en la fundación de tan hermética institución y él no había querido preguntárselo directamente.

Todo apuntaba a que se trataba de un organismo dedicado a la investigación científica límite, con especial interés en aquellos hallazgos relacionados con los *taquiones* (que serían oficialmente postulados en 1967 por Gerald Feinberg) y los efectos de la denominada *retrocausalidad*. El documento era rico en datos más o menos curiosos, destacando un análisis exhaustivo de las implicaciones en el plano físico de la denominada «paradoja del abuelo». En líneas generales, se trataba de un desarrollo de las ideas de René Barjavel contenidas en su novela *El viajero imprudente*,

de determinados conceptos presentes en *El forastero misterioso* de Mark Twain y algunos elementos —como la llamada *ucronía*— tomados del pensamiento de Charles Renouvier. Podría resumirse del siguiente modo: si alguien lograse viajar al pasado y matase a su abuelo, ¿cómo podría nacer él y poder así, entre otras cosas, desplazarse a través del tiempo?

El físico daba vueltas a la paradoja, llegando a la conclusión de que sólo había dos soluciones posibles y mutuamente excluyentes: si volvía atrás en el tiempo y asesinaba al abuelo, él no llegaría a nacer y, como por arte de magia, desaparecería del pasado a fin de preservar la estabilidad del continuo espacio-tiempo. Luego el único modo de sobrevivir era no regresar al pasado. Dio vueltas a las implicaciones personales de un

argumento de ese tipo. No mirar atrás se perfilaba, por tanto, como el único procedimiento válido de mantenerse *vivo*.

En realidad, su conciencia comenzaba a enviarle serios avisos de que debía cambiar de dirección. Puede que hubiera albergado mayores esperanzas respecto a la carrera nuclear, pero su fe llevaba tiempo resquebrajándose. No deseaba formar parte de otra previsible masacre de inocentes. Se planteaba cómo transmitirle eso a sus superiores. Sus protestas comenzaban a ser demasiado habituales y muchos compañeros

del laboratorio, especialmente los responsables de grupo, empezaban a recelar. Abandonar su puesto de trabajo no suponía un problema para él, si bien albergaba algunas dudas sobre las consecuencias que dicha decisión podría tener. A fin de cuentas, el material con el que trabajaba y los objetivos fijados por el departamento eran tan delicados que el mero conocimiento de los mismos entrañaba un considerable riesgo. Por primera vez en toda su vida, comprendió que su integridad física podía estar en juego.

La gata dio un salto y desapareció en dirección a la cocina, que era el lugar donde se hallaba su comida y el cuenco con agua. El físico cerró los ojos y se acomodó en el sillón. Se dijo a sí mismo que debía cenar algo, pero, en lugar de ello, se rindió al cansancio y se quedó dormido.

2

1604. La máquina del tiempo

Cuando despertó, la gata estaba durmiendo sobre sus rodillas. Eran las seis y media de la mañana. Puesto que era sábado, no tenía que ir a trabajar —lo cual, en su caso, no era del todo cierto—. A pesar de no tener

que acudir al laboratorio, su sótano le esperaba. Contaba con un largo fin

de semana por delante para avanzar en sus investigaciones personales.

Puso una cafetera a calentar mientras él se daba una buena ducha.

Dormir en el sillón nunca le había sentado muy bien.

Aquella mañana desayunó algo cuyo envase garantizaba que se trataba

de un gofre belga, pero cuyo parecido con la realidad era más que dudoso.

Se entretuvo examinando el envoltorio. Le divertía que hubiesen recreado el

Golconde del pintor René Magritte. Los hombrecillos vestidos de negro que

caían como lluvia en el cuadro comían con fruición uno de los supuestos

gofres. Extrajo un cigarrillo de una pitillera dorada y lo encendió. No llegó a

darle más de tres caladas antes de que se consumiera. Se preguntó cómo

sabría un gofre belga auténtico.

Repasó mentalmente algunos detalles de la operación que se estaba

planificando en el departamento. Recibía el nombre de *Operación Castle*.

Estaba prevista para el año siguiente y su finalidad era poner a prueba

algunos diseños de armas nucleares que pudieran ser arrojadas desde el

cielo. Las pruebas se llevarían a cabo en las Islas Marshall. ¿Como el ser

humano era capaz de destruir parajes de belleza extrema con el objetivo de

probar armas pensadas para acabar con otros seres humanos? Sintió

nauseas. Su mente viajó a su infancia, a cuando iba con su padre a pescar.

Recordó cómo éste preparaba sus anzuelos, achatando la punta para que

no se clavasen en la carne de los peces. Le agradaba sentir la presión, el

tirón, el saber que habrían picado, pero sin dañarlos. Su amor por todo ser

vivo le haría convertirse en vegetariano años después.

No estaba dispuesto a seguir contribuyendo a esa locura nuclear

potenciada mediante el miedo a un enemigo que seguía sin dar la cara.

¿Acaso no habían tenido suficiente con Hiroshima y Nagasaki? ¿Era esa

masa de inocentes indefensos el enemigo del cual tenían que protegerse?

Desde que algunos datos de aquel desastre se filtraron, le costaba conciliar

el sueño… y surgieron sus dudas acerca de si debía seguir colaborando en

una empresa diabólica. La operación *Upshot-Knothole* se había llevado a

cabo en la propia Nevada y resultaba evidente que el gobierno

estadounidense no querría causar daños en su propio terreno. Pero su

sucesora, la *Operación Castle*, era otra cosa. Y él ya no podía soportarlo

más. Se había prestado a ello casi por inercia y porque necesitaba

financiación para su propio proyecto, pero no se sentía capaz. No quería

ser un cómplice del desastre. Se dijo que su creación permitiría corregir

muchas de las catástrofes del pasado, aunque ello supusiese una violación

de la «paradoja del abuelo» y por mucho que las consecuencias del éxito

del experimento no pudieran ser calculadas de antemano. A modo de

consuelo, llegó a la conclusión de que no serían mucho peores que las que

se desprendían de los ensayos de sus compatriotas.

La gata apareció sobre la mesa y el físico tuvo que apartarla

suavemente con la mano para que no metiese el hocico en el café. Había

pasado los suficientes años con ella como para saber que no actuaba de

manera caprichosa. Aquel pequeño felino tenía la capacidad de dejarse ver

en momentos decisivos (algo que sólo era posible constatar *a posteriori*).

Por supuesto, él era incapaz de advertir lo que ella trataba de transmitirle,

pero sí comprendía que determinados gestos o rituales sugerían la

necesidad de pasar a la acción o modificar el rumbo. La observación le

había demostrado que la gata intentaba serenarle cuando estaba nervioso,

o le invitaba a cambiar de tema si notaba que se sumía en un bucle mental

tóxico. Tal vez, pensó, todos los animales hicieran lo mismo. Envidiaba su serenidad y su despreocupación. La gata ronroneó. El científico apuró su taza de café y se dispuso a iniciar una larga jornada en su laboratorio.

Ya en el sótano, ojeó los planos una vez más, aún conociéndolos de memoria. Detrás de aquellos garabatos, vectores, símbolos y fórmulas, se escondían años de verdadero esfuerzo y dedicación. Había perdido la cuenta de la cantidad de libros y artículos que había estudiado.

Experimentó una mezcla de placer y vértigo al constatar que se hallaba en la recta final. Se encontraba a un paso de enfrentarse a eso para lo cual se había preparado desde niño. Desde que su padre le regalase un ejemplar de *La máquina del tiempo* de H. G. Wells —amén de convertirse en un ávido lector— supo que su meta sería construir una. A veces se decía que

las personas estaban predestinadas. Su mente científica se resistía a creerlo, aunque, conforme avanzaba en sus investigaciones, las dudas se multiplicaban. Lo que tradicionalmente se había asociado a una serie de ideas de tipo teológico podía explicarse desde una perspectiva científica (si bien no menos controvertida). El conocido experimento mental propuesto

por Schrödinger, que implicaba a un *famoso* gato, había abierto la puerta a otras interpretaciones. Sería muy poco después, en 1957, cuando el físico Hugh Everett III postulase la *teoría de los muchos mundos*. Nada, por tanto, impedía desde una perspectiva conceptual que dicha predestinación no fuese sino el eco de una realidad que se diera en un plano paralelo, en otra franja espacio-temporal. Tal vez esa sensación de tener consciencia del destino personal no era nada aparte del reflejo de un futuro que ya había tenido lugar.

Aspiró el aire con fuerza mientras observaba el flujo eléctrico a través de los cables. Destellos azulados. Todo es energía. En última instancia, cualquier elemento de la naturaleza se descomponía en energía…, y después de ella sólo el vacío. ¡Qué equivocados estaban aquellos que padecían el *horror vacui*, pues el vacío era el principio y fin de todo lo creado! El verdadero reto, no obstante, era lograr que algo se desplazase a través del vacío absoluto, que llegase incluso a convertirse en vacío para volver a materializarse después. Y ése era el desafío que se había auto impuesto el hombre del laboratorio. Fantaseaba con el éxito de su experimento y se preguntaba qué objeto introduciría en la máquina para

llevar a cabo la primera prueba. ¿Un lápiz? ¿Un café humeante? No se arriesgaría a meter un ser vivo en el primer intento.

El primer paso sería verificar que los objetos desaparecían, claro estaba.

Pero, sin lugar a dudas, otro de los grandes problemas a los que debería enfrentarse era cómo hacer regresar los objetos (o seres), dado que, en sentido estricto, no podía saber dónde ni *cuándo* se hallaban. Por más vueltas que le daba, no lograba dar con una solución a esa cuestión fundamental. A caballo entre la diversión y el espanto, se preguntaba qué cara se les quedaría, por ejemplo, a los egipcios si a las puertas de una enorme pirámide descubriesen una taza de café humeante o un sombrero del siglo XX. Ni hablar ya de un aparato tecnológico. Pocas veces se meditaba acerca del profundo cambio en la Historia que un suceso de ese tipo podría generar, similar al que causaría el hallazgo de un platillo volante en nuestra era. Él no pretendía provocar ninguna disrupción en la visión del mundo de los habitantes de otra época, de modo que evaluó con detenimiento el primer objeto que introduciría en su máquina del tiempo.

Una piedra podría funcionar.

De manera sigilosa, la gata llegó al sótano y se acurrucó en un rincón. El científico la observó con detenimiento, como si el estudio de su conducta y

sus movimientos pudieran arrojar alguna pista más sobre cómo debía proceder. Entre una máquina del tiempo y una gata común, comprendía que, por el momento, nada estaba decidido. Ni siquiera podía garantizar que el *mecano* eléctrico que había montado allí abajo funcionase. Visualmente, no se diferenciaba demasiado de una nevera de escasas

dimensiones con todos los cables y las tripas a la vista, pero, a pesar de su aspecto doméstico y un tanto desastroso, la tecnología y el desarrollo teórico que llevaba detrás habría pasmado a más de un premio Nobel. Incorporaba elementos aún sin descubrir y ponía en práctica conceptos que serían postulados muchos años después. Él no buscaba la gloria ni el reconocimiento; tan sólo ver otros mundos, otros tiempos, otras culturas, otras caras. Anhelaba saber si era posible un mundo mejor o si, por el contrario, la destrucción del ser humano era la solución más razonable y eficaz para acabar con los males del planeta. ¿Merecían las personas la vida que les había sido otorgada o se estaban limitando a malgastarla al considerarla poco valiosa, al tiempo que destruían todo lo que les rodeaba —incluyendo a otros miembros de su misma especie—? ¿Constituía la violencia en único modo de avanzar? ¿Era ésta justificable en algún caso?

¿Qué significaba en realidad el término «progreso»? ¿Existía un plan divino

o cósmico? La batería de preguntas trascendentales parecía no tener fin.

La culpa por haber formado parte del engranaje de la maquinaria del terror

y la curiosidad por saber si en un futuro la raza humana habría extirpado la

tendencia a la autodestrucción le movían a formulárselas. Miró a la gata y

se cuestionó en qué sentido una persona era mejor y más evolucionada

que ella. Que algo tan minúsculo como un cerebro hubiese situado a los

humanos en la cúspide de la cadena evolutiva hacía que una sonrisa triste y

desencantada se dibujase en su rostro. Únicamente si el uso que se hiciera

de esa poderosa herramienta fuese el correcto, tal posición en el *ranking*

natural estaría justificada. Y, hasta la fecha, eso no había sucedido…

El físico comprobó el funcionamiento de algunas piezas de la máquina.

Nada daba la impresión de funcionar de un modo incorrecto. Había llevado

a cabo pruebas similares en muchas ocasiones con un resultado muy

parecido. Contuvo el aire y se dijo que todo estaba listo, que había llegado

el momento. Subió las escaleras a toda velocidad y salió a la calle. Tomó

una piedra de aproximadamente un kilo y regresó al sótano. La introdujo dentro del habitáculo y posó una mano sobre la palanca que activaba en mecanismo. Se pasó la otra por la frente. Y de un golpe seco la bajó. Un ruido similar al que hacía una televisión de rayos catódicos al sufrir un apagón supuso el preludio del corte de luz que se produjo. ¿Un cortocircuito? A tientas, extrajo la piedra de la máquina y trató de localizar los interruptores generales. De acuerdo con sus cálculos, la potencia necesaria para el funcionamiento de un aparato de esas dimensiones no excedía la contratada.

Al devolver los interruptores del cuadro eléctrico a su posición original, la luz regresó. Un humo espeso salía de la máquina y un olor a quemado inundaba la estancia. La gata no había modificado ni su ubicación ni su actitud. Dormitaba plácidamente. El físico examinó a simple vista el estado del dispositivo.

—Lo sabía —musitó.

Una pieza en miniatura se hallaba completamente fundida. El hombre del sótano se colocó unos guantes ignífugos muy gruesos y la extrajo. La dejó sobre la mesa de trabajo para estudiarla. Su estado la convertía en

inservible. Chasqueó la lengua y se rascó la cabeza. ¿Qué podía haber sucedido?

No eran ni las ocho de la mañana y el experimento debería esperar.

El científico apoyó ambas manos sobre la mesa, con los brazos estirados, y se inclinó ligeramente sobre ella. Dedicaba miradas alternas a los planos y a la pieza, en un desesperado intento por descubrir qué había fallado. Arrastró el diminuto desastre encima de los planos, como si se tratase de la pieza de un puzzle que debiese encajar en el lugar adecuado, coincidiendo con el dibujo que la representaba. Había numerado cada una de las partes del ingenio y a esa pieza le había correspondido el número 1604.

3

Caronte

Dos horas después, el físico regresó a la planta superior. No había sido capaz a de dar con la clave del problema. Se dijo que no sería difícil reconstruir la pieza, pero no tendría mucho sentido si primero no averiguaba la razón de su colapso. ¿Se trataba del material del que estaba

hecha? ¿No había calculado debidamente la potencia o la capacidad

conductora de cada uno de sus componentes? Nada de eso. Ese tipo de

cuestiones las había resuelto, o eso creía él, tiempo atrás. Ningún descuido,

a su juicio, se había colado en la ecuación.

La música y la lectura le ayudaban a concentrarse. Se sirvió otro café y

puso un vinilo en el reproductor; una reproducción de la pieza de Kurt Weill

y texto de Bertolt Brecht « *What Keeps Mankind Alive*». Se sentó en el sillón

y cogió el ejemplar de la *Divina Comedia* que seguía sobre la mesa,

llamándole poderosamente. La gata no tardó en llegar y sentarse en su

regazo. El físico abrió el libro al azar al tiempo que la gata se desperezaba.

Los ojos del físico recorrieron el Canto III. « *Mankind is kept alive by bestial*

acts». La gata abrió la boca sin llegar a emitir sonido alguno. El científico no

pudo reprimir una sonrisa de satisfacción al caer en la cuenta de su error.

—¡¿Cómo se me ha podido escapar?!

Cerró el libro bruscamente y dejó a la gata en el suelo. Ésta estiró las

patas traseras y se encaminó con parsimonia hacia el sótano. El científico

la siguió. Controlaba su excitación a duras penas. Bajó las escaleras a toda

velocidad. ¿Quién le iba a decir que encontraría la solución a tan

inconveniente problema en la *Divina Comedia*? Definitivamente, los científicos que repudiaban la literatura vivían en una ceguera constante.

Buscó en el armario de materiales lo que precisaba. No tenía mucho, pero sería suficiente. También necesitaba unas gafas de aumento y unas herramientas que nunca llegó a comprender cómo podían haber sido fabricadas —dado su reducidísimo tamaño—. La gata observaba con gran atención. De hecho, parecía dirigir con la mirada los movimientos del hombre del laboratorio. Éste trabajaba con precisión, pero con innegables síntomas de agitación; los propios de aquel que sabe que algo enorme está a punto de suceder.

¿Qué exigía Caronte como pago para ayudar a las almas perdidas a cruzar el Aqueronte y llegar al otro lado? Una moneda de oro, como aquellas que solían poner bajo la lengua de los cadáveres al ser enterrados en la Antigua Grecia. La relectura del Canto III del clásico de Dante le había ofrecido la respuesta en forma de serendipia. ¿Casualidad? ¿Azar? ¿Sincronicidad? Los nombres de Einstein y Friedrich von Schiller acudieron a su mente para descartar esa hipótesis. Para el primero, el azar no existía (Dios no juega a los dados) y, para el segundo, aquello que se nos presentaba como azar surgía de las fuentes más profundas. Dos grandes

espíritus sugiriendo que todo sigue un patrón. Fuera por lo que fuera, los

factores se habían combinado en la coctelera cósmica para que él llegase a

esa conclusión, a la solución al problema que tenía delante.

Para la pieza 1604 había utilizado, entre otros elementos, plata. La plata,

normalmente, carece de propiedades superconductivas (lo que, a la vista

de los resultados del experimento, era del todo preciso). El oro, sin

embargo, sí era empleado en ocasiones para tales fines. El oro…, como la

moneda que pedía Caronte. Los mitos siempre han encerrado grandes

intuiciones en su interior y el preciado metal era necesario para cruzar al

otro lado.

El científico trabajó los filamentos con maestría. No le llevó más de una

hora arreglar la pieza. La contempló con devoción. La gata también celebró

el éxito la operación maullando.

Presa de la emoción, reemplazó la pieza y se preguntó otra vez cómo

había sido capaz de no caer en ello antes. Si nada surgía ni sucedía por

casualidad, el fracaso anterior debía atender a una lógica que el físico no

alcanzaba a comprender. Hizo un rápido repaso mental de los pormenores

del procedimiento, incluyendo aspectos en apariencia secundarios o irrelevantes como, por ejemplo, el objeto que había decidido enviar a otro tiempo. Una piedra. ¿Acaso ahí residía en verdadero fallo? Cómo saberlo…

Al accionar el mecanismo de encendido de la máquina, se sorprendió al comprobar que el flujo energético era distinto. La luz azulada se deslizaba por los cables de manera mucho más fluida, intensa y brillante. Los componentes del artilugio adoptaron una arquitectura singular, probablemente debido a alguna variación del *efecto Meissner*. Sin lugar a dudas, algo había cambiado y el espectáculo que ofrecía la electricidad convertida en otra cosa anticipaba un resultado esperanzador. Como si hubiese experimentado un despertar zen, el científico tuvo la certeza de que esa vez el viaje en el tiempo estaba a punto de producirse. Respiró hondo y miró a su alrededor. Movido por una sospecha sin respaldo lógico, descartó la piedra como primer viajero. ¿Qué podía introducir en aquella cápsula domestica que no alterase el orden del universo?

No supo cómo interpretar lo que estaba a punto de presenciar: la gata, con paso tranquilo y sereno, subió de un salto a la máquina y se acomodó en su interior. El hombre del laboratorio sufrió un súbito espanto. No

entraba en sus planes hacer viajar a un ser vivo, y mucho menos a su querida gata. Pero ella estaba allí. Parecía desearlo. El científico sintió una especie de parálisis. No podía consentir aquello y, sin embargo, todo apuntaba a que se trataba de la opción correcta. ¿Por qué la gata había decidido prestarse como voluntaria? Se debatió entre sacarla de la máquina o no. Su voluntad se inclinaba hacia la primera opción, pero la evidencia de algo superior, de una lógica suprahumana, le mantenía en la incertidumbre. Con todo el dolor de su corazón, se acercó a la palanca que accionaba la máquina, la sujetó con ambas manos y suspiró. Una lágrima se deslizó por su mejilla mientras dedicaba unas palabras a su amada compañera:

—Ahora todo está en las manos de Dios.

Ella pareció complacida.

Antes de que pudiera bajar la manivela, empero, sucedió algo inesperado. Por primera vez (aunque no sería la última), el hombre del laboratorio experimentó lo *imposible*. El silencio, un silencio absoluto y puro, se apoderó de la sala. Todo pareció sumirse en una violenta vibración y una luz blanca, poderosa, cegadora, ocupó el sótano.

Después de eso, todo desapareció, sumiéndose en una oscuridad

blanca.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

El búnker de Noé

Estación Orichalcum

Los pasajeros

Pueden seguir a Gabri Ródenas a través de:

Twitter: @gabrirodenas

O

Su web: www.comomeconvertienunescritormil onario.com

Gabri Ródenas no utiliza *community manager* y responde personalmente a

sus mensajes. Ruega que tengan un poco de paciencia en caso de que la

respuesta se demore.